

**Don Quijote, una paráfrasis de la lectura.**

*Asunción Bernárdez Rodal*

Repetirnos, pasar una y otra vez sobre las mismas cosas; elevar la piedra que luego volverá a rodar, condenados como el viejo Sísifo. Descolocar las piezas de lo que llamamos "real" y hacerlas girar con retazos de "lo imaginario", de lo mental, de lo propio y lo ajeno, de lo que somos y en lo que nos convertimos cuando leemos, cuando aprendemos. Porque esa es la función del pensamiento, no tanto cuestionarse lo oculto, lo desconocido, cuanto soñar el enigma de lo evidente, de lo que está ante nuestros ojos, dispuesto siempre a recomponerse en el calidoscopio de la mirada. En lo repetido, en lo que siempre está presente, existe un enigma que nos empuja a querer descubrir lo que nos cautiva, a querer saber cuales son los lazos que nos atan a lo evidente, a lo que llamamos "clásico", generado a base de tradición, de pensamiento si se quiere inútil, si se quiere obvio. Por eso de nuevo Don Quijote, porque en nuestro ojos sigue instalada su perplejidad ante los molinos-gigantes, y porque, ahora más que nunca, necesitamos saber cómo otorgamos significado a los textos -reales o ficticios- que forman nuestro entorno más inmediato.

Y como el pensamiento no es más que una forma de perversión, de transgresión de los límites de lo evidente, no nos paramos a contemplar los molinos-gigantes, queremos saber

más, queremos desvelar el enigma: ¿cómo se produce el encuentro entre con los textos? Y para eso hemos retomado la historia de Cervantes: porque sigue funcionando; sigue sirviéndonos para reflexionar sobre la lectura y la interpretación. Para ello, Cervantes crea unos personajes pre-cartesianos, en el sentido de que son los primeros que posee (en palabras de Américo Castro) una "finalidad mundana". Mientras los héroes de los Libros de Caballerías se empeñaban en reconstruir un mundo perfecto creado por Dios, Don Quijote habita un espacio de seres humanos que viven al margen de la teología, no son ni pícaros ni pecadores. El mundo es algo contradictorio, que funciona de manera autónoma, poblado de artefactos incomprensibles, de *"máquinas y trazas, contrarias unas a otras"* (D.Q. II, 29). Frente a esta extrañeza afirma Don Quijote *"yo sé quien soy (...) y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos..."* (D.Q. I,5). Y cuando reflexiona sobre las visiones en la cueva de Montesinos y comprueba la realidad a partir de su propia existencia, que se ha querido ver un antecedente del *"pienso luego existo"* cartesiano: *"pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora"* (D.Q. II,23).

Al tratar el tema de la influencia de los libros en la vida<sup>1</sup>, Cervantes puso en evidencia la encrucijada temporal que iba a determinar una nueva posición del hombre occidental frente a la literatura de ficción: la lectura, la interpretación como génesis de un nuevo sentido crítico

burgués; la lectura como enriquecimiento personal, que abre el campo de la racionalidad interpretativa. En la Edad Media las interpretaciones "tenían que ser correctas", de acuerdo con una deidad benevolente que regía el mundo. Si no se veía la perfección de las cosas era porque algo lo impedía, de tal forma que *"en general la observación se descuidaba en beneficio de la interpretación"*<sup>2</sup>. A partir de Cervantes, ya no será posible para el mundo novelístico evitar el problema del encuentro entre realidad y ficción. Para ello, despliega una serie de personajes que simbolizarán la contradicción entre lo real y lo escrito.

Aristóteles en la Retórica planteaba ya, que en los discursos el acercamiento al oyente debe hacerse por el *"movimiento del ánimo"*, porque los oyentes *"son arrastrados a una pasión por el discurso, pues no concedemos igual nuestra opinión con pena que con alegría, ni con amor que con odio"*<sup>3</sup>. Las pasiones son entonces *"aquello por lo que los hombres cambian y diferencian para juzgar"*: la ira, la calma, el amor, el odio, el temor, la compasión, etcétera. Algo similar intenta hacer Cervantes en su obra, presentándonos una variada tipología de lectores, niveles de lectura y, por último, reflexionando acerca de la influencia que la literatura puede tener sobre sus receptores. Pocos autores habrán hecho un análisis tan profundo y variado sobre el tema en la historia de la literatura. Hay que esperar a la época contemporánea en la que el arte comienza a cuestionarse a sí mismo y a trabajar sobre la *"metaliteratura"*, para encontrar obras como: Si una

noche de invierno un viajero... de Italo Calvino, el cuento de Cortázar Continuidad de los parques; o el de Borges Pier Menard, autor del Quijote.

La lectura para Don Quijote representa varias cosas. En primer lugar un **modelo de comportamiento**. Gracias a ella, consigue construirse a sí mismo, y dar coherencia a su universo personal. Don Quijote crea su personalidad con conciencia de estar construyendo un personaje; y desde el capítulo II comienza a imaginarse *"sobre lo que de él escribirá el cronista"*, o en XIX de la primera parte: *"No es eso -respondió don Quijote-, sino que el sabio a cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas, le había parecido que será bien que yo tome algún nombre apelativo..."*; y en el capítulo XX: *"-No niego yo -respondió don Quijote- que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse"*. En el capítulo II de la segunda parte Don Quijote sabe por boca de Sancho que su historia de caballero andante está escrita y publicada, y nuestro personaje se preocupa sobre manera de "la vida en la fama", y de no haber conseguido llevar a cabo suficientes hazañas, y de cuándo piensan emprender la tercera salida (cap. IV), para dar más historias que contar al escritor.

En la segunda parte el universo unitario reconstruido por Don Quijote parece romperse. De un modo incomprensible, no consigue entender cómo pueden los lectores saber tanto de él y de sus acciones realizadas en soledad: el lector se transforma en un ser omnipotente, es un "Dios" en el universo del texto

que lee; y Don Quijote pasa a convertirse en víctima de su realidad textual porque ahora los Duques poseen la información necesaria sobre su mundo imaginario gracias a lo que han leído sobre él. Don Quijote es seguramente el primer héroe de aventuras literarias consciente de que está siendo escrita su historia al mismo tiempo que la vive. Ahora, el caballero andante deja de imitar a Amadís, y se transforma a sí mismo en la medida en que es leído. Don Quijote influye en la realidad de los otros, no por el hecho de llevar a cabo sus aventuras de caballero andante, sino por su carácter de personaje literario que hace que los demás se adapten a su mundo imaginario. Sansón Carrasco, queriendo sanar la locura de Don Quijote, acaba convirtiéndose él mismo en el Caballero de los Espejos; contradicción que pone en evidencia su criado, cuando le dice:

*"- Por cierto, señor Sansón Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las más de las veces se sale de ella. Don Quijote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo; vuestra merced queda molido y triste. Sepamos, pues, ahora: ¿cuál es más loco, él que lo es por no poder menos o el que lo es por su voluntad?" (II, XV)*

Don Quijote vive y actúa para que lo cuenten. Su figura sufre una "quiebra" a lo largo de su historia. Si bien al principio Don Quijote hace un voluntarioso esfuerzo por convertirse en caballero andante, conforme va adquiriendo "autoconciencia" de sí mismo como personaje que debe saber

comportarse como caballero andante, va a intentar ser cada vez más la idea "literaria" que se ha formado de sí mismo, porque el querer ser quijotesco consigue transformar su entorno. Pero no sólo Don Quijote adquiere conciencia de personaje, también Sancho acaba confesándolo en el capítulo XXX de la segunda parte:

*"- El mismo es, señora -respondió Sancho-, y aquel escudero suyo que anda o debe de andar en la tal historia, a quien llaman Sancho Panza, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna; quiero decir, que no me trocaron en la estampa..."*

Las referencias a la lectura de otros libros son constantes desde el principio de la historia del ingenioso hidalgo de la Mancha: En el capítulo VIII: *"Toda aquella noche no durmió don Quijote pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros..."*; en el X: *"-Calla -dijo don Quijote-: ¿y dónde has visto tú, o leído jamás, que caballero andante haya sido puesto ante la justicia por más homicidios que haya cometido? (...) has leído en historias otro que tenga ni haya tenido más brío en acometer..."*(...) *"Y este se te hiciera cierto si hubieras leído tantas historias como yo..."*; *"fue de contento para su amo dormir a cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedía era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería..."*. Los libros son los modelos de comportamiento y la explicación del mundo humano, y como en la Edad Media, cuando Don Quijote no alcanza sus ideales no es por

propia voluntad, sino por culpa de los encantadores: "*¿Qué podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo?*" (I,XVIII).

Don Quijote es el lector perfecto, el lector por excelencia por el grado enajenación en la lectura que pone en evidencia. José Saramago dijo que "*todo lector quisiera ser don Quijote*", porque don Quijote es el ser-personaje para el que la lectura es la fuente de vida y transformación personal. En el capítulo L de la primera parte dice: "*lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala (...)* De mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido y liberal...". Los libros no sólo son un modelo de comportamiento sino que además pueden tener una **función terapéutica**. Cuando Don Quijote cae del caballo en su encuentro con los mercaderes, reacciona del siguiente modo: "*Viendo, pues, que en efecto no podía menearse acordó de acogerse a su ordinario remedio que era pensar en algún paso de sus libros, y trájole la locura a su memoria...*" (I,5). Don Quijote simboliza de este modo la esencia de la experiencia estética más absoluta: el momento en que el receptor se encuentra absorbido y enajenado en la obra de arte: una vivencia que se encuentra siempre en las lindes del mundo de la razón. Por eso ver y leer están al mismo nivel de credibilidad subjetiva: "*Muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes; pero jamás he leído, ni visto, ni oído, que los caballeros encantados los lleven de esta manera*" (I,47). Así declara haber "visto" a Amadís: "*Lo cual es verdad tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi a*

*Amadís de Gaula...*". No hay diferencia entre percepción sensorial y racional, entre intelecto y sensibilidad.

Hemos visto cómo la lectura es un modelo de comportamiento y también una terapia para el espíritu, pero la lectura aparece en El Quijote además representada con virtudes de **sacralización**, como principio de autoridad, porque en la escritura se guardan los elementos sancionadores de la cultura. Por eso don Quijote resalta la importancia de la acción de "dar nombre" a las cosas, y con ello transformarlas. Cuando es armado caballero, el ventero toma un libro en las manos y hace como si leyese. El valor sagrado se traslada a las relaciones personales. Don Quijote acepta la lectura como una **garantía personal**:

*"Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced la señora Luscinda era aficionada a libros de caballerías, no fuera menester otra exageración para darme a entender la alteza de su entendimiento; porque no lo tuviera tan bueno como vos, señor, lo habéis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda." (I,24)*

Los problemas de audiencia y público aparecen dispersos a lo largo del libro en diálogos acerca de la literatura imaginativa y la preceptiva horaciana. Uno de los pasajes más interesantes es el capítulo treinta y dos de la primera parte, donde se esgrimen varias opiniones acerca de los libros de caballerías. Don Quijote es rescatado de sus aventuras en

Sierra Morena y regresa con Cardenio, Dorotea, el barbero y el cura a la posada de Palomeque. Allí reúne Cervantes personajes "discretos" y vulgares que polemizan sobre los libros "históricos" y de caballerías. Para el cura, la enfermedad de Don Quijote está sin duda provocada por la lectura de los libros de caballerías. Sin embargo, acabará admitiendo que son buenos cuando proporcionan descanso del trabajo, siempre que cumplan una serie de normas de tipo horaciano: *"Y si me fuera lícito agora, y el auditorio lo requiera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballería para ser buenos, que quizá fueran de provecho, y aun de gusto para algunos..."*. Cervantes plantea el problema de la literatura de ficción con la lectura en vez alta de la "Novela del curioso impertinente". Cuando acaba la lectura del relato, éste es comentado por el auditorio formado por gente culta y vulgar. Para el cura, la novela carece de credibilidad, pero está de acuerdo en cómo se narra la historia. Cervantes resuelve así el problema de la ficción narrativa del momento, explotando precisamente el placer en sí mismo de contar, de recrear una narración sin necesidad de recurrir a elementos disparatados y sin sentido. La discusión se plantea entre el creer y el conocer, pero la ironía de Cervantes nos hace comprender lo absurda y disparatada que puede resultar la búsqueda de un referente real en la literatura, y que el ser culto no supone la inmunidad ante la ficción: admitir una diferencia tajante entre ficción-no ficción puede ser tan disparatado como el propio personaje de Don Quijote.

En el capítulo cuarenta y siete de la Primera Parte, aparece el personaje del Canónigo de Toledo, que se presenta como el más apropiado para dignificar los libros de caballerías, porque es capaz de aportar los principios estéticos necesarios a su disparatada forma. En ese capítulo, El Canónigo inicia un discurso acerca del daño que las tramas violentas e increíbles pueden causar en el lector de "*ingenio bárbaro e inculto*". Tradicionalmente, la crítica ha relacionado el pensamiento de Cervantes con las ideas del Canónigo, porque ofrece una alternativa al problema de la ficción. La solución está en el "buen entendimiento" que el lector tiene que dar al texto que lee, porque el entendimiento no es otra cosa que la capacidad crítica que el buen lector debe poner en marcha cada vez que se enfrenta a un texto de ficción. A pesar de las extravagancias que poseen, las fábulas sueltas constituyen una buena forma de expresión del escritor, pues le permite mostrar su talento "*tejiendo una tela de varios y hermosos lazos*": una gran variedad de registros narrativos con los que un buen escritor podrá lucirse para conseguir los fines obligatorios del entretenimiento y la instrucción. El personaje del Canónigo describe los medios que Cervantes utiliza para comunicarse con el público (culto y vulgar). El autor ya no narra acciones imposibles para entretener al público, sino que se atiene a las normas de la retórica del "*ingenio*" propias del siglo XVI, para describir acciones verosímiles, que sirvan para ensalzar las cualidades más positivas del hombre. Lo interesante es ver cómo Cervantes, por boca de este personaje, nos está dando las claves de una

nueva retórica basada en la participación del lector como receptor activo en el acto comunicativo de la lectura.

Don Quijote representa la máxima identificación entre un texto creativo y un lector: la identificación de tipo estético. Pero Cervantes, especialmente en este capítulo treinta y dos, nos pone de manifiesto otras actitudes del lector y su encuentro con los textos. El argumento es que el Ventero, muestra tres libros y un manuscrito que alguien ha dejado olvidados en su paso por la venta. Dos son libros de caballerías: *Cirongilio de Tracia* y *Felixmarte de Hircania*. El tercer libro es de biografías históricas: *Historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba* y la *Vida de Diego García Paredes*. Por último, posee también el manuscrito de *El curioso impertinente*. Ante la crítica que reciben los libros de caballerías por disparatados, él confiesa que le gustan por el entretenimiento que le producen. En aras de la moralidad es invitado a quemar sus libros fantásticos, pero él se niega rotundamente diciendo que las historias que en ellos se cuentan son tan verdaderas como la de El Gran Capitán, ya que, de no ser así, el Consejo Real no habría permitido su publicación. Lo que plantea Cervantes, es la confusión real que provocaría en la época y en ciertos ambientes, la publicación de obras de ficción; mostrando así el poder tradicional que ha tenido la palabra impresa. A los lectores se nos plantea entonces ¿por qué Don Quijote es un loco y el Ventero no lo es, cuando ambos creen que las historias que se cuentan en los libros de

caballerías son reales? Cervantes pone en boca del ventero un criterio temporal: lo que ocurre es que los caballeros andantes existieron, pero en tiempos remotos. La diferencia está en que con el mismo criterio de verdad, Don Quijote pasa a actuar y el Ventero no. Cuando el cura le dice que debe quemar los libros, el Ventero se niega. Prefiere quemar la historia del Gran Capitán: "*¡Dos higas para el Gran Capitán y para ese Diego García que dice!*". Cardenio lo define claramente: "*él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó sin más ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos...*". ¿El criterio que aplica Cervantes para separar ambas actitudes de los personajes es simplemente temporal? Parece ser que sí, respondiendo al esquema ingenuo de los cuentos de hadas, que han tenido como escenario un lugar muy remoto, en un tiempo muy lejano. ¿Cuál es la diferencia entonces entre Don Quijote y él? ¿Por qué no pasa a la acción? Él mismo responde y dice "*-Eso no -respondió el ventero-, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros...*" La diferencia fundamental entre don Quijote y Juan Palomeque está en que al segundo le falta la voluntad de transformación, el "*querer ser*" del hidalgo. Ambos confunden la realidad y la ficción, pero por motivos diferentes. Don Quijote se ha trastornado por poseer demasiados conocimientos sobre libros de ficción, y Juan Palomeque los confunde por ignorancia<sup>4</sup>. El Ventero es el lector que lee por **el placer del puro entretenimiento**, que no se para en cuestiones de razón moral, y

disfruta de la lectura, aplicando una función asociativa a la lectura: *"cuando oigo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y días..."*. El Ventero es el lector que disfruta por asociación con el héroe y se toma la lectura como un acto desvinculado de la vida cotidiana.

Aparecen también representadas otras actitudes ante la lectura. Para la Ventera posee un **valor preformativo**, porque es capaz de proporcionarle un descanso de su vida diaria al no tener que estar oyendo a su marido: *"Y yo, ni más ni menos -dijo la ventera-, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estáis escuchando leer; que estáis tan embobado, que no os acordáis de reñir por entonces."* Maritornes, la sirvienta, aparece como la defensora de una de las cosas por las que los libros de caballerías eran precisamente más atacados: la sensualidad *"...y a buena fe que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas"*. Confiesa disfrutar de las lecturas de los libros de caballerías por el hecho de presentarle un mundo **sensual** apartado de las normas sociales, un espacio de libertad distinto de la vida cotidiana; y así dice que le gustan *"aún más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto. Digo que todo esto es cosa de mieles"*.

Por último, Cervantes nos ofrece otra opinión sobre la lectura en boca de la hija del Ventero, contrapuesta a la de su padre: *"No gusto yo de los golpes que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad algunas veces me hacen llorar, de compasión que tengo"* . La afición por este tipo de libros es por el **sentimentalismo** que de ellos se desprende, aunque los lectores no lleguen a entender racionalmente las situaciones narradas. Una vez más, Cervantes hace gala de la maestría que supo poner en práctica a la hora de mostrar la realidad literaria del momento. Cervantes sólo expone, no juzga abiertamente, sino que acepta como normal el tipo de adhesión que los Libros de Caballerías producen en un público encarnado el personaje de Maritornes.

La familia del Ventero representa toda la gama de reacciones "pasionales" ante los libros consideradas propias de la audiencia vulgar. Las aventuras violentas que exaltan la imaginación del ventero, el sentimentalismo de su hija, y el sexo que atraía a Maritornes eran temas que gustaban a todos, por uno u otro motivo; pero, en todo caso, se trataba de una lectura en la que el entendimiento crítico, racional, estaba supeditado al mero placer de la lectura. Este comportamiento de los personajes fue en realidad parodiado por Cervantes en la figura de Don Quijote: histriónico, a veces violento y sentimental.

Don Quijote es un ser de ficción que se genera por el

acto de lectura de lo ficticio, paseándose siempre sobre la cuerda floja que separa la realidad de lo que no exista como tal: un mundo compuesto de realidad y ficción. Su constante malabarismo delante de la sonrisa irónica de Cervantes, ha estremecido durante siglos a todo aquel que se ha puesto a pensar sobre la obra. El problema no es la confusión de la realidad, de lo creíble con el mundo imaginario, el reto es separarlos. Cervantes supo intuir la fuerza intrínseca de lo imaginario, lo narrado de forma lingüística y como tal sustraído a la experiencia inmediata y sensible. El problema es cómo diferenciar realidad y ficción a la hora de interpretar el mundo que nos rodea. Cervantes hizo una novela "realista" y con ello criticaba la realidad, y al hacerlo, sembró en los lectores la sospecha de si no será ésta tan irreal como los sueños y las fantasías de Don Quijote, y consigue dejarnos con la inquietante idea de que existe una sinonimia efectiva entre la lectura, la verdad, la locura y la vida.

Notas

1. No aparece por primera vez en Don Quijote. Por ejemplo, en La Celestina, sabemos que su autor tuvo que reflejar los gustos del público en la medida que iba haciendo sucesivas ediciones. Don Galaor en Amadís "fue movido a gran deseo de ser caballero" por haber leído unos libros antiguos, o San Ignacio de Loyola confiesa que quiso imitar en su vida una obra de Cristo que había leído. Para Américo Castro, la preocupación del Siglo de Oro por los efectos de la literatura en la vida, como fuente de bienes y males, fue posible gracias a la tradición oriental en nuestro país, que concedía ya un auténtico valor performativo a las palabras. No es por casualidad que una misma palabra en árabe (kalán, Kállam) signifique, por un lado "herir", y por otro, "conversar con alguien". Posiblemente la idea del poder de la palabra penetró más tarde en las páginas del Quijote en una forma que "no hallamos en la literatura del resto de Europa sino muy rara vez, (cuando los filósofos medievales llamaban a la naturaleza el "libro de Dios" era una idea oriental)...". La preocupación por los efectos de la literatura en la vida de la gente parece algo muy típico del siglo XVI español, y no parece únicamente consecuencia de la actuación de la Contrarreforma.

2.- Cit. de Marc Bloch, *Feudal Society*, Londres, 1962, pág. 83. Trad. esp. *La sociedad feudal*, Madrid, Akal, 1987.

3.- Aristóteles, *Retórica*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1990. pág. 11.

4. Recordemos que no sólo el Ventero cree en la veracidad de las historias: cuando se hace el escrutinio y quema de los libros en la casa de don Quijote (I,6), el ama también cree que son verdad los hechos que se cuentan en los libros culpables de la locura de su amo.